

RELACIONES MISCELANEAS DE UNA BANANA

por Lorenzo González Ulloa

¡Hola!

Sí ustedes, frutas de todo el mundo, conocen mi historia, les dará risa y a la vez se convencerán de que no hay vida tan fascinante y azarosa como la de una fruta de mayoreo.

Pues sí: La primera vez que vi la luz fue en una penca de colegas que representaba el trabajo de un comerciante platanero de Tabasco.

Aún verdes, nos arrancó de nuestra planta madre y nos vino a echar a un compartimento casero. Eramos unas tres pencas. Todo el resto, que eran bastantes, lo despachó en camiones para vender. A nosotros nos dejó para uso personal.

Entre nosotros mismos discutíamos cuál sería el primero en ser comido, y cuál el último; quién nos comería, si el dueño con satisfacción, o la señora con indiferencia, o algún niño con glotonería, o algún invitado por cortesía o bien beneplácito.

Pero cuál fue nuestra sorpresa y cruel decepción cuando oímos al dueño decir a su mujer:

"Bah, esta cosecha salió mediocre. No me gusta como la del año anterior. Prueba, acaso te gusta".

El comerciante agarró a un compañero cerca de mí, y lo dio a su esposa, la cual comentó:

"Hum, no están tan buena como el año anterior, pero pasa . . . pasa . . ."

Y movió la cabeza aprobaroriamente. Esto me consoló un poco y subrayé a mis colegas:

¡"Qué indigno ser la sombra de la cosecha anterior! Es disgustante, intolerable."

Y los demás se quejaban por igual de no ser de los mejores piátanos de la producción de nuestro comerciante; al menos nos consolábamos con la deferencia de su mujer: ¡tampoco éramos tan peores!

Así pasaron unos días y los amos iban cogiendo uno que otro de nuestros compañeros; yo solo esperaba mi turno, anhelando ser comido dignamente.

Me exasperaba sobre todo la idea de ser rebano para ser aderezo de algún arroz. ¡Que combinación tan estrambótica y de mal gusto!

Tampoco me entusiasma mucho el ser molido en licuadora y contemporizar con huevos, glucosas y quién -sabe-qué-otros-ingredientes; para una malteada o un split, soeces degradaciones de nuestra naturaleza.

Un domingo llegó un no-sé-qué-amigo del comerciante a comer, y departieron y bebieron sobriamente; tras lo cual preguntó el amigo.

"¿Qué tal salió tu cosecha de banana este año?"

"Bien, bien," contestó el dueño lacónicamente.

"¿Se pueden al menos comer?"

"Se pueden. Mira, ahora traigo unos cuantos." Nuestro dueño se levantó, luego vimos que se aproximó a nuestra bodegucha y alargó su mano precisamente a nuestra penca. Nos alzó descuidadamente y nos condujo al comedor. Eventualmente arrancó a otro colega y lo dio a comer, a su invitado.

"Hum, está bueno", dijo él casual y a manera de cumplido.

"Llévatela toda; está casi completa".

"Oh no no, no es para tanto; no te molestes."

Pero finalmente nuestro invitado salió de nuestra casa de origen cargándonos a nosotros, y nos fue a colocar en su cajuela trasera.

"No la pongas ahí" protestó el comerciante, "¿No ves que en el apretado calor se echan a per-

der? Este es guineo fino, compadre, de plantíos bien cuidados y regados. Te puedo asegurar que en toda la comarca no hay guineo tan fino como el mío”.

“¿Así tan importante?” preguntó el invitado con visible asombro, y nos recogió de vuelta para colocarnos en el asiento trasero.

“Con que el guineo más fino de la comarca.” nuestro nuevo dueño repitió con complacencia, y cerró su troca dando las gracias al anfitrión.

Decididamente nos combinamos en ponderar la exageración del comerciante, por todo lo que anteriormente dijera a su mujer, pero a fin de cuentas no niego que bastante me agradó: YO, EL PLATANO MAS FINO DE LA COMARCA.

Y nuestro dueño se repetía con delicia a sí mismo:

“¡El guineo más fino de la comarca!”

Llegados a su casa, le comentó a su esposa:

“Fui con el compadre y me regaló la penca más buena de su cosecha. Ya probé uno y está de prodigio. Se lo vamos a regalar a mi hermano cuando venga el próximo domingo: es día de su cumpleaños.

Llegó el mentado día y con él el mentado hermano, y entre otras cosas, le regalaron a nosotros.

“Me lo dio mi amigo el platanero. Según él, es el guineo más rico del estado. No hay ninguno que se compare con éste. Tómalo, te va a gustar.”

El hermano del amigo del compadre asió otro plátano de la penca, a dos plátanos de distancia de mí.

“Hummm . . . qué rico”, dijo el hermano, casual y a manera de cumplido.

El hermano salió de allí con nosotros: su penca de plátanos en la mano. Eramos todavía bastantes, y deliberamos entre todos qué sería de nuestro futuro.

“A ver qué es lo que hace éste con nosotros,” señaló uno de los compañeros.

Cuando nos llevó a su casa y nos colocó bruscamente sobre la mesa donde pelan cebollas, oí decirle a su esposa:

“Mira lo que me ha regalado mi hermano. Veamos qué hacemos con ellos. A mí la verdad no me gustan mucho, a más de que me caen pesado al estómago y no los digiero bien. Por mi parte los echaría a los puercos, pero me remuerdo al recordar lo que mi hermano dice: que es el plátano más fino del país”.

Yo cuando oí aquel disparate me indigné y rehusaba a formar parte del alimento porcino: ¡Cómo yo, plátano fino entre los finos plátanos, había de ser lanzado entre los puercos! ¡La hecatombe de mi existencia; la antinomia de mi cultivo, el insulto y caricatura de mi noble misión!

“¿Así que el plátano más escogido del país?” preguntó su esposa tanteando la situación.

“Seguro, es el del comerciante amigo de mi hermano. No hay mejor”.

Eso me volvió a subir la moral. La esposa opinó:

“Entonces, podemos venderlo a buen precio a tu socio el de la miscelánea de en frente”.

Al día siguiente llegó este propietario a la miscelánea de su socio.

“¿Cómo estamos?” saludó, con la diestra estrechando la del socio y la siniestra aferrándonos a nosotros.

“¡Pero hola!” contestó su socio. “¿Qué os trae por aquí? Tengo queso Roquefort del más fino el día de hoy, por no decir que el mejor Tiel-siter.”

“No, aunque ya que usted me habla de lo más fino, tampoco yo me quedo atrás. Oiga, mi socio, yo he venido a venderle esta sabrosa penca de plátanos.”

“¡Gilipollas!” el socio se inclinó a vernos. Dio la vuelta a su escaparate, nos volvió a ver y nos tentó con la mano; midiendo nuestra blandura y apachurrándome por en medio; mi cintura, vamos. “Realmente se ve buena, pero . . .”

“Es la mejor del país. Es puro plátano tabasqueño. Viene del productor más afamado del estado. “Nuestro dueño se mordió la lengua.

“¡Jolines! Solo que la caja está pobre . . .”

•“Bueno, los podemos canjear por . . . digamos . . . un par de pacas de alfalfa. “Debería estar loco

este hombre. ¡Cómo compararnos con hierba de rústico equino!

El socio lo reflexionó. Hubiera yo querido que él protestase contra esta humillante comparación.

“Andele, ándele,” insistió nuestro inculto propietario, “le aseguro que es el plátano más exquisito del mundo.”

“Bueno, bueno,” concedió por fin el no-más-culto abarrotero, “deje aquí mismo la penca que ya le traigo la alfalfa”.

El socio regresó con sus pacas de alfalfa y el triste dueño anterior nos trocó por ellas.

“Qué mal gusto de éste de compararnos con alfalfa”, protesté yo entre mis compañeros, mientras nos acostumbrábamos a nuestro nuevo dueño.

Este simplemente nos dejó en la bodega de las frutas, que no estaban a la vista de los parroquianos, y ahí tuvimos que aceptar promiscuidad con naranjas, fresas, rábanos, zapotes, otros rancios plátanos, y hasta zapatos olorosos del abarrotero.

Ahí quedamos en el supino olvido a lo largo de tres días, durante los cuales seguían echando fruta como si todos fuésemos iguales.

—Al cuarto día vinieron unos cargadores con sucios mandiles y nos aventaron dentro de una troca a rajatabla.

Tras varios cientos de kilómetros y horas agitadas de viaje, llegamos a otra ciudad en algún otro estado, y ahí nos condujeron a un lujoso supermercado, donde, para mi sorpresa, nos dispusieron por vez primera en muestrarios frescos y elegantes.

Luego nos pegaron a la piel un sello, o etiqueta azul con el título de: “CHIQUITA BANANA”, y arriba del escaparate una leyenda en dos idiomas:

IMPORTED FRUIT

FRUTA DE IMPORTACION

Finalmente amigos míos a quienes confieso mis andanzas; después de una semana vi a un hombre entrar a lo lejos, el cual me pareció haberlo visto en otros tiempos.

Se dirigió primeramente al departamento de fertilizantes y utensilios de labranza. Compró un saco de cincuenta kilos y una pala.

Luego se aproximó a nuestro escaparate: ¡Era nada menos que nuestro productor y comerciante, además del causante de nuestros éxodos!

“¿Es importado este guineo?” preguntó con interés.

“A-já,” contestó el dependiente sin mirarle a los ojos, mientras acomodaba más frutas.

“¿Puedo tomar alguna probada?”

“A-já.”

El comerciante entonces me arrancó de mi penca y me peló a la mitad. Me tentó, me olfateó, me degustó inquisitivamente; y aquí anuncio terminar mi historia, porque, amigos, míos, agarró la penca entera y con rostro iluminado y satisfecho, exclamó:

“La compro toda. Y dígame usted, le ruego: ¿Desde qué tierras traen hasta acá esta banana tan portentosa?”